

“El espíritu de oración es el rasgo distintivo de la Recolección”

OAR / Miguel Miró

Entrevista al padre Ángel Martínez Cuesta con motivo del Aniversario de la Recolección (5 de diciembre de 2009)

SEGUNDA PARTE (TEXTO COMPLETO)

10.- ¿Qué tienen que aportar a la vida espiritual de la Iglesia los agustinos recoletos?

Como todo religioso, independientemente de la orden o congregación a que pertenezca, el agustino recoleto existe para mostrar con su vida el primado de Dios; para transparentar, incluso inconscientemente, que Él es el único absoluto; que Él es el único que da sentido pleno a la vida; que, por tanto, Él merece siempre el primer puesto; y que todo esto, que sólo alcanzará pleno desarrollo y total realización en el otro mundo, debe arrancar ya en éste. En sentido estricto nada de esto es exclusivo del religioso descrito en el derecho canónico, sino que éste lo comparte con todo hombre y, a más razón, con todo cristiano. En cuanto criatura todo hombre está referido esencialmente a su Creador y en cuanto cristiano pertenece a quien ha sido consagrado en el bautismo, cuya suerte está llamado a compartir en todo momento. Precisamente ésa una de las raíces de las dificultades que se encuentran hoy a la hora de definir la identidad del religioso. El rasgo más esencial de su fisonomía no le pertenece en exclusiva.

Su identidad radicaría no tanto en ese rasgo, cuanto en los matices que lo rodean y, en cierto sentido, hasta lo constituyen, en cuanto que le proporcionan cuerpo, individualidad y funcionalidad. La misma Exhortación Apostólica *Vita consecrata* comparte esa visión cuando al describir la vida religiosa recurre casi a adjetivos o adverbios que remiten no a una identidad substantiva, *a se stante*, sino que califican o modifican otra preexistente: «La vida consagrada «imita *más de cerca* y hace presente continuamente en la Iglesia [...] la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su Reino, abrazó y propuso a los discípulos que lo seguían» (22); «las personas consagradas [...] reciben una *nueva y especial* consagración» (31); «la vida consagrada [...] es una manifestación *particularmente* rica de los bienes evangélicos» (32).

Por tanto, la vida religiosa sería cuestión de matices o modalidades, que la teología y el derecho de la vida religiosa han individuado desde antiguo en los tres votos de castidad, pobreza y obediencia. Los tres votos son, pues, el modo común a todos los religiosos de manifestar ese primado de Dios y de reproducir la vida de Cristo que adoptó en la tierra. Pero ese modo admite, a su vez, variedad de expresiones. *Vita Consecrata* habla de «multitud de formas históricas» (5) e incluso se detiene en describir algunas de ellas: monjes, ermitaños, institutos contemplativos, órdenes

mendicantes, etc. En este último modelo entramos nosotros, aunque es preciso circunscribirlo con los aportes del movimiento reformador que en el siglo XVI lo retocó y dio nuevo perfil.

Ese largo *excursus* justifica una respuesta positiva a la pregunta y, a la vez, circunscribe su alcance. Al igual que otros religiosos, los recoletos estamos llamados a manifestar con nuestra vida los valores del reino, es decir, de la persona de Cristo y de su mensaje. Como a mendicantes se nos pide revivir los valores de la fraternidad, de la sencillez, de la pobreza y celo apostólico, no tanto como valores descoyuntados unos de otros, sino fundidos en uno solo, que es la predicación del evangelio a través de la vida fraterna y de la sencillez de vida. Como agustinos nos toca subrayar –mimar diría yo– la vida común o vida fraterna en comunidad. Ésa idea movió a Agustín a abrazar este género de vida y a llamar a otros a compartirla. Para él religioso es el que vive la «caridad de la vida común [...] en compañía de aquellos que tienen una sola alma y un solo corazón dirigido hacia Dios» (*De opere monachorum* 25,32); y comunidades religiosas, las «congregaciones fraternas en las que nadie tiene cosa propia sino que todo se posee en común» (*C. Faustum* 5,9). Religioso y vida común son para él términos sinónimos, intercambiables. Y, finalmente, como recoletos nos corresponde empeñarnos en dar concreción a esas ideas, cuidando al máximo las relaciones humanas y desterrando cuanto pueda entorpecerlas y empañarlas. En esa tarea resulta particularmente precioso el aporte de la sobriedad y de la sencillez, actitudes que preparan y abonan el terreno para aquella germine, crezca y madure con relativa facilidad.

Una profunda vida común muestra que es posible construir unas relaciones basadas no sobre el egoísmo, el interés, la ambición o el afán de poder, como sucede en las sociedades humanas, sino sobre el desprendimiento y el amor. Lo cual da a la comunidad potencialidad testimonial y la convierte en estímulo a la convivencia, a la solidaridad y al diálogo. Incluso ve en ella un rechazo frontal de la sociedad fundada sobre el egoísmo. Ésa me parece que puede ser una de las aportaciones más positivas que como agustinos recoletos podemos ofrecer a la sociedad. Pero para dar concreción a esta idea se requiere una mayor comunicación con la sociedad circunstante y una mirada más generosa y compasiva, que facilite una inserción más profunda en su vida.

Otro de nuestros posibles aportes deriva del segundo elemento de nuestra espiritualidad, es decir, de la interioridad o tensión contemplativa. La contemplación capacita para ayudar a descubrir a Dios. El hombre de hoy siente a Dios lejano, cuando no inútil o, peor todavía, como un competidor o un fiscal que coarta su libertad. Esa lejanía de Dios, esa pérdida del sentimiento de la filiación divina es fruto amargo de una cultura inmanente, que desde el siglo XVIII, y aun antes, ha puesto al hombre en el centro del universo. Nuestra vida interior nos debe mover para ayudar a nuestros contemporáneos a redescubrir a Dios. Pero quizá nos falten convicción y tradición. Somos poco conscientes de estas potencialidades de nuestro carisma, no estamos íntimamente persuadidos de ellas y, por otra parte, nos falta preparación técnica para ofrecerles cauces operativos. Ni en nuestras parroquias ni en nuestros colegios ni en

nuestras comunidades abundan los maestros, espacios y tiempos de oración que pedía Juan Pablo II.

11.- ¿Qué queda del espíritu de la recolección que motivo el nacimiento de la Orden?

La historia no ha sido benigna con nuestra orden. Su identificación centenaria con España y algunas de sus colonias la ha convertido en fácil presa de las guerras y vaivenes políticos-sociales del siglo XIX y parte del XX. Sus religiosos, faltos de puntos de apoyo en otros países, han sufrido los ramalazos de la anarquía, de la pobreza y de la persecución religiosa, y sus superiores se han visto desbordados por los acontecimientos. Durante largos periodos la orden quedó a merced de los acontecimientos, despojada de sus conventos y de sus bienes, sin posibilidad de vivir en comunidad y reunirse en capítulo para estudiar la situación y proponer los remedios oportunos, y gobernada por superiores impuestos desde Roma y alejados física y hasta cierto punto también apostólica y espiritualmente de la mayoría de los religiosos, que, además, estaban muy mediatizados por los intereses de un gobierno colonial. En esas circunstancias naufragaron la oración mental, la vida conventual y el recogimiento, y sufrió grave menoscabo la formación intelectual y espiritual de los religiosos así como la tradicional sobriedad y sencillez de vida. A la vez se abrió paso en la orden el peculio personal, que a veces ascendía a cantidades considerables, y creció peligrosamente la autonomía de los religiosos.

La primera embestida llegó durante la guerra de la Independencia, entre 1808 y 1814. Durante la guerra sus conventos cayeron en poder del invasor y sus religiosos se dispersaron por el país, ganándose la vida como coadjutores, capellanes de monjas, organistas, maestros de escuela, capellanes de guerrillas o mendigando de puerta en puerta. Algunos murieron a manos de los franceses, otros fueron deportados a Francia y muchos más sucumbieron víctimas de la peste, de las enfermedades y del hambre. Los muertos ascendieron a 213, el 27% de los frailes residentes en España. Al final de la guerra la restauración fue extremadamente difícil. Los conventos estaban inhabitables, y los religiosos o no podían o no querían regresar a ellos. Se habían acostumbrado a la libertad y preferían la inseguridad de la vida errante o la rutina de una coadjutoría parroquial o de una plaza de organista al convento, al que sólo el peso de la ley les obligaba a regresar. Con el tiempo y con no poca mano dura pudo imponérseles algunas exigencias de la vida común, pero otras cayeron irremediabilmente en el olvido.

En 1833, al morir Fernando VII, en los conventos reinaba una cierta bonanza. Habían vuelto las vocaciones, se habían reorganizado los estudios, y la vida conventual discurría de nuevo por los cauces constitucionales. Todo se desmoronó dos años más tarde con la política desamortizadora de Mendizábal. Entre septiembre de 1835 y enero de 1836 la orden quedó despojada de 32 de los 33 conventos con que entonces contaba en España y a sus moradores se les forzó a abandonar la vida regular. Si esos decretos no resultaron fatales para la orden, se debe a las misiones de Filipinas. El gobierno, consciente de la relevancia política de los misioneros españoles que allí trabajaban, no pudo permitirse el lujo de prescindir de ellos y exceptuó de la ley general de extinción

los tres colegios destinados a su formación. Uno de ellos era el recoleto de Monteagudo, que de ese modo se convertiría en último refugio de la primitiva recolección y en cuna de la nueva.

La desamortización no sólo privó a la orden de sus conventos, sino que llegó a modificar su misma orientación espiritual. Hasta 1835 había sido una corporación de clara tendencia contemplativa. Ahora, despojada de sus conventos y sin posibilidad de practicar la vida común, se convierte en una corporación apostólica, acomodándose al sistema de vida que hasta entonces había sido propio y exclusivo de la provincia de Filipinas. La vida común quedó reducida a los conventos de Monteagudo y Marcilla (desde 1865) en España, destinados a la formación de los misioneros, y Manila (Filipinas), destinado a alojar a ancianos y disciplinados. Consiguientemente, se aflojaron los vínculos corporativos. En el aislamiento de las parroquias, cada religioso pensaba más en sus intereses y en los de su feligresía que en los de la comunidad. El fenómeno se repitió en Colombia a partir del año 1861.

Con la revolución filipina (1898) y la consiguiente expansión de la orden por España y América, cambió el campo de su apostolado, pero éste continuó siendo su elemento más visible. En España y Colombia, igual que en Brasil, Venezuela, Trinidad o Panamá, los agustinos recoletos vivían entregados a tareas pastorales en residencias, parroquias o misiones. El capítulo general de San Millán (1908) tomó nota de esta realidad y proclamó solemnemente que el nuevo fin de la orden era el apostolado: «Declara y determina el presente capítulo que el fin actual de nuestra congregación es la vida apostólica en todas sus manifestaciones, cuales son la enseñanza y, sobre todo, las misiones. Y a dicho fin ha de dirigir sus esfuerzos». Cuatro años más tarde veían la luz esas constituciones, que en uno de sus primeros puntos declaraban que el fin «secundario o especial de nuestra orden es la vida apostólica en sus diversas manifestaciones, pero con predilección por las misiones. Era el punto final de una evolución que, sin llegar a cambiar la naturaleza de la orden, dio al traste con algunos de sus elementos más representativos, substituyéndolos por otros de orientación apostólica que, aun sin contradecir la orientación de los fundadores, pertenecen a una concepción religiosa que no era la suya.

A mediados del siglo pasado hubo una fuerte reacción, basada en los estudios de Jenaro Fernández y fomentada por los generales Feliciano de Ocio (1944-50), Eugenio Ayape (1950-62) y Ángel Almarcegui (19682-68), que cuestionó seriamente esa evolución y preparó el camino a la recuperación teórica de una buena parte del antiguo patrimonio recoleto. Esa recuperación quedó plasmada en las constituciones postconciliares (1969-87) y en una serie de normas y estudios anteriores y posteriores. A mi parecer, esa recuperación no ha dado el salto a la práctica. No ha incidido de modo significativo ni en la orientación de nuestro apostolado, ni en la organización de nuestras comunidades, ni en los criterios fundamentales de nuestros religiosos. Muchos frailes miran con simpatía a la primitiva Recolección y se sienten herederos de ella, pero pocos están dispuestos a asumir totalmente sus aspiraciones.

En conclusión, mi respuesta a tu pregunta puede resumirse en las siguientes frases. Hoy conocemos bastante bien nuestro origen, sabemos de dónde venimos y

cuáles fueron los móviles e ideales de nuestros padres. Sabemos también cómo y cuándo embocamos la parábola descendente y cómo y cuándo ésta se consumó hasta quedar casi convertidos en un grupo de espiritualidad sacerdotal e individualista, alejada de la ascesis recogida y comunitaria de nuestros orígenes. Pero la fuerza de la inercia y el influjo de las estructuras creadas, y también una buena dosis de temor ante un carisma exigente, que requiere esfuerzo, estudio y creatividad, nos paralizan o al menos nos restan entusiasmo y nos colocan a la defensiva, contentándonos con imitar los modelos de vida religiosa del momento, que pueden ser muy buenos y muy dignos –y lo son, sin duda–, pero que no responden plenamente al modelo recoleto. No es, pues, hoy el desconocimiento de nuestro origen y de nuestro carisma nuestra carencia más grave. Lo que se echa en falta es la percepción y el aprecio de su valor, amén de una cierta dosis de valentía para afrontarlo con sinceridad y ánimo desapasionado.

12.- ¿Cree que es necesaria un nuevo impulso en la Orden y en la Iglesia para redescubrir el valor de la oración? ¿Por qué?

Creo que en estos últimos lustros hemos asistido a una cierta recuperación de la oración tanto en la Iglesia como en la orden. Ya no se la ridiculiza como en décadas anteriores y tampoco se suele dudar de su valor. En esta relativa recuperación me parece percibir el influjo de factores muy diversos. Uno sería el desmoronamiento de las esperanzas suscitadas a raíz del Concilio por un cierto humanismo “cristiano” que tenía un poco de pelagiano y otro poco de ingenua estupefacción ante las maravillas de la naturaleza. Otro hay que anotar en el haber de los movimientos, asociaciones y personas carismáticas que han reivindicado el papel irrenunciable de la oración en la vida cristiana. Todo ello ha cambiado el modo de pensar de los fieles, al menos de los más comprometidos, y desde luego también el de los frailes. Hoy se reza más. Pero este nuevo panorama teórico no ha desarrollado todavía todas sus potencialidades. En este campo queda mucho por hacer.

La oración tropieza en graves escollos que ya he aludido antes. Algunos hunden sus raíces en una antropología que, aunque no suscrita de modo explícito, se ha infiltrado en nuestra mente y condiciona nuestro comportamiento. Otros son de origen social, ligados a la dispersión y bullicio en que nos movemos. Esta dispersión afecta especialmente a la oración mental, que nos resulta particularmente ardua, y que cada día cuenta menos adeptos. Muchos han optado por la *lectio divina*; otros, se quedan en la simple lectura; y no faltan quienes simplemente la han arrinconado. Entre nosotros se repite esa situación. La experiencia de dejar la oración mental de la tarde al arbitrio de cada comunidad o incluso de cada uno no ha producido los resultados esperados.

La oración vocal nos resulta más fácil. La celebración de la Eucaristía y el rezo de la liturgia de las horas han mejorado notablemente, aunque todavía no hayan alcanzado el nivel que cabría esperar de la predilección con que la miran pastores, teólogos y liturgistas. Al pueblo fiel le faltan hábitos y preparación, sobre todo en lo relativo a la liturgia de las horas, y a los frailes nos sobran rutina y presunción. Otras oraciones vocales han perdido casi toda su significación en la vida de la comunidad. El rosario tiene su importancia y ha sido recomendado los últimos papas. Pablo VI dedicó al rosario una parte de su preciosa encíclica *Marialis cultus*; Juan Pablo II fue un

entusiasta del rosario. Rezaba a diario sus tres partes y aconsejó su rezo en los más diversos foros. Benedicto XVI en este campo ha seguido sus pasos.

Estos ligeros apuntes bastan para ver la necesidad de cuidar la recuperación ya iniciada e ir potenciándola con nuevas medidas. Se me ocurren la preparación de técnicos en la materia; la celebración de jornadas de oración, una práctica en la que alguna provincia de la orden ya tiene una alguna experiencia; la señalación clara del tiempo dedicado a la oración de la tarde; el abolición de una costumbre que se va infiltrando en algunas comunidades de prescindir la oración común los domingos, aunque esas comunidades no tengan especiales responsabilidades pastorales. De otro modo nos exponemos a estar bregando en vano o a estar edificando sobre arena.

13.- ¿Es posible ser santo siendo agustino recoleto? ¿Cómo?

No creo que ningún agustino recoleto dude a la hora de responder a la primera parte de la pregunta. El simple hecho de ser una orden aprobada por la Iglesia nos asegura de que es un camino apto para alcanzar la santidad. Y la historia nos confirma en esa creencia. En todos los siglos, pero de modo especial en el primero, ha habido agustinos recoletos que han seguido de cerca a Jesucristo y han servido heroicamente a los hombres, predicando el evangelio y tratando de aliviar la vida de los hombres a su paso por este mundo. Ha habido centenares de mártires, desde Miguel de la Madre de Dios, protomártir de las misiones filipinas (1606), hasta la comunidad de Motril casi al completo en 1936 y los cinco religiosos chinos víctimas, entre 1958 y 1989, del hambre, del frío y de los trabajos forzados en la China de Mao, pasando por los mártires del Japón y Urabá (Colombia) en 1632. Otros consagraron su vida al servicio de los leprosos, como el Simeón Díaz (1896-1980), que convivió más de medio siglo con los internados en la isla Providencia en Maracaibo; otros no dudaron en sacrificar su vida para salvar la de sus fieles, como Jesús Pardo en Lábrea (1955) o Román Echávarri en Marajó (1981); otros se santificaron en la cátedra y en la formación de los jóvenes religiosos, como Juan Gascón en Monteagudo y Marcilla († 1884) y Eugenio Cantera († 1956) en Monachil, o en el ministerio parroquial como Juan Pérez de Santa Lucía († 1864) y Melchor Ardanaz († 1921) en Filipinas, Pedro San Vicente († 1915) y Luis Goñi († 1951) en Venezuela o Santos Ramírez en Brasil († 1934); otros, en fin, como Juan de la Magdalena († 1657) y Santiago Fernández Melgar († 1784), alcanzaron las cumbres de la contemplación entre los quehaceres domésticos.

Una cierta incuria en el cultivo de lo propio, la situación anómala de la comunidad durante el siglo XIX y las limitaciones jurídicas que arrastró hasta 1912 no favorecieron la apertura de procesos que apuraran la santidad de nuestros hermanos y privó a la orden de ver en los altares a algunos de sus hijos. A mediados del siglo XIX fueron beatificados Francisco de Jesús y Antonio de San Vicente y ya en el siglo XX hemos asistido a la glorificación de los otros dos mártires del Japón y de los siete de Motril. Y, sobre todo, se realizó el sueño de ver en los altares al padre Ezequiel Moreno, un religioso que encarnó en grado heroico los aspectos fundamentales de la vida agustino-recoleta en las tres naciones en las que entonces estaba presente al orden (Filipinas, España y Colombia) y en funciones tan diversas como las misiones, la formación, el gobierno y la responsabilidad episcopal.

Actualmente la orden espera la glorificación de cuatro hijos suyos. Son cuatro religiosos de carácter y biografía muy diversos, y eso ya me ayuda a responder a la segunda parte de tu pregunta. Ignacio Martínez († 1942) se santificó en las soledades inmensas de Lábrea, dedicado en cuerpo y alma a la evangelización de sus pobres y escasos habitantes, muriendo solo, sin la compañía de un hermano que cerrara sus ojos y elevara al Señor una plegaria por su alma. Mariano Gazpio († 1989) se adentró por los caminos de la santidad en las misiones de China y prosiguió con paso expedito en los claustros de Monteagudo y Marcilla. Alfonso Gallegos († 1991) la alcanzó entre la juventud violenta y desorientada de las barriadas de Los Ángeles; y Jenaro Fernández († 1972), entre papelotes de archivo, al lado de los enfermos y pobres de los barrios bajos de Roma y tramitando expedientes o redactando votos para las congregaciones romanas. Los agustinos recoletos, pues, al igual que todos los cristianos pueden santificarse en cualquier parte del mundo y desempeñando cualquier clase de trabajo. La clave está, como siempre, en el amor que mueve su vida, en la abnegación de sí mismo y en la apertura a la voz de Dios y al grito de los hermanos. Si preguntas por un patrón o un estilo de santidad que quepa considerar como más propio de nuestra tradición, temo defraudarte. Dudo de que exista. Quizá existan algunos rasgos que no faltan en ninguno de nuestros santos. Son el silencio, la sencillez, la humildad y el cumplimiento fiel y callado de sus deberes comunitarios y pastorales. La humildad salta a la vista incluso en religiosos que nadie ha pensado en elevar a los altares, pero que el pueblo y los religiosos que convivieron con ellos siempre los tuvieron por santos. Los ya recordados Pedro San Vicente y Santos Ramírez son dos buenos ejemplos.

14. - ¿Cómo entiende el papel de las religiosas agustinas recoletas de clausura dedicadas sólo a la oración?

Una eclesiología sana, consciente del puesto central de Dios en la vida de la Iglesia, no tiene objeción alguna contra su sistema de vida. Santos tan diversos como Agustín, Fulgencio de Ruspe, Gregorio Magno, Tomás de Villanueva o Ezequiel Moreno suspiraron por una vida semejante. La Iglesia siempre la ha tenido en gran estima, y hoy continúa viendo en ella un anticipo «de la unión exclusiva de la Iglesia-Esposa con su Señor, profundamente amado» (VC, 59) y «una fuente de gracias celestiales» (VC, 8). El concilio atribuyó a las monjas de clausura «una misteriosa fecundidad apostólica» (*Perfectæ Caritatis* 7), ya que «sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones tienen importancia máxima –*maximum momentum*– en la conversión de las almas, siendo Dios mismo quien, por la oración, envía obreros a su mies, abre la mente de los no cristianos para escuchar el evangelio y fecunda la palabra de salvación en sus corazones» (*Ad gentes*, 40). Esa persuasión movió a Pío XI, el papa de las misiones, a proclamar a santa Teresa del Niño Jesús especial protectora de las misiones católicas.

Entre nosotros quizá haya sido monseñor Martín Legarra (1910-1985) quien mejor ha sintonizado con estas ideas, que hunden sus raíces en el dogma de Comunión de los Santos. Al menos ha sido quien más voz les ha dado. Apenas se hizo cargo de la prelatura panameña de Bocas del Toro, se percató de que él solo no podría llevar carga tan pesada y de que el éxito de sus labores no dependía exclusivamente de sus

misioneros. Necesitaba otros apoyos. Uno de ellos, el principal, lo individuó en la oración de sus hermanas las agustinas recoletas de clausura. Al instante las eligió madrinan de su misión y por medio de frecuentes misivas las mantuvo siempre al tanto de la marcha de sus trabajos. Esas cartas, llenas de intuiciones teológicas, de finura psicológica y de afecto fraterno, y salpicadas de anécdotas y lances curiosos, forman hoy tres gruesos volúmenes. Pero Legarra no fue el primer recoleto que percibió su virtualidad apostólica. Ya en 1888 san Ezequiel les había encomendado la restauración de la provincia colombiana. Y lo mismo haría diez años más tarde Mariano Bernad al acometer la tarea de implantar la Recolección en Brasil.

Además de esta complementariedad de funciones en la Iglesia, los recoletos de estas últimas décadas valoramos los lazos fraternos que con ellas nos unen y nos hemos esforzado por estrecharlos. «Nacidos al calor de unos mismos ideales, profesando la misma regla, llevando el mismo nombre, viviendo de un mismo espíritu, gozando de unas mismas gracias espirituales [y] participando de la riqueza de una misma historia», escribía Ayape en 1950, «es más que natural que tratemos de estrechar los vínculos que mutuamente nos unen». Esta fraternidad ha cristalizado en la Asociación de los monasterios de las recoletas con la Orden, aprobada definitivamente en 1993 tras cinco años de experiencia, cuyos resultados la Santa Sede calificó de muy positivos.

La substancial fidelidad de las religiosas a su carisma inicial ayuda a los frailes a volver los ojos a sus orígenes y suscita en ellos reflexiones e interrogantes sobre su propia evolución carismática.